

Las impurezas de la realidad

VOSOTROS: los fieles servidores de la Historia; acaparadores del dato comprobado; coleccionistas de anécdotas o, simplemente, con aquel tiempo pasado, cualquiera, que siempre fué mejor, estad alertas; preparaos, que el viejo Cronos se come con tal voracidad a sus hijos que antes que lo pensemos nos habremos enfrentado con el año 1953 y en él con el primer centenario de un español ilustre, racial, inconfundible, neto. Don Antonio Maura y Montaner, nacido en el año dicho el día 2 de Mayo, como presagio de su temple heroico, con el que llenó el primer tercio de este siglo, época de aquella España, que—con diferente emoción—fué, por unos y por otros, llamada la España de Maura.

Maura; la figura política más grande de la España del último Borbón; la de visión histórica más amplia y clara. Sus mismos detractores, en el fondo de sus conciencias, le admiraban y le respetaban como a un ser superior. Morote, Luis Morote, el Diputado Levantino republicano y masón, de barbas morunas y corbatas sorprendentes, se alzó de su rojo escaño izquierdista para enaltecer la moral de Maura, la fe patricia de Maura, su casi mística honestidad. Y esto ocurría cuando de los mismos escaños parlamentarios salían voces propugnando el derecho de las masas a asesinar a aquel gobernante único. Fué Pablo Iglesias Posse, el jefe del socialismo español, quien tal dijera. En contraposición a este inciuo opinar, Lerroux dijo que en aquel Parlamento, quitando a Maura y a don Gumersindo Azcárate, todos los demás Diputados de las Cortes «se podían llamar de tú». Y otro Padre de la Patria, de memoria trágica y bufa a la vez—Rodrigo Soriano—afirmaba una noche, de sobremesa en Casa Morán, que a Maura había que «echarle de comer aparte».

El más antiguo recuerdo que conservo, pero fresco y conciso, data de cuando le ví en mi casa el día en que falleció mi santa madre. Mi padre era maurista; (un inciso; y yo, también lo fuí, y formé parte de la redacción de «España», órgano de la juventud del Partido, que entonces nos reuníamos en el número 2 de la calle de San Sebastián, con Alvarez Arranz, González Jubany, Galinsoga, Martínez de la Riva, Cernuda, Huete, Albérto Segovia, Daniel de la Puente, un Marañón)... Mi padre era maurista, no podía faltar don Antonio en el lucioso desfile de los que «nos acompañaban en el sentimiento». Se hizo de noche antes de que diese por terminada su visita; y cuando se dispuso a abandonarnos, guiado por mi padre y seguido por todos nosotros, a través de aquel piso principal de la calle de Claudio Coello, donde había entrado la más tremenda de las desgracias, iba apagando las luces de las estancias que dejábamos atrás.

Al morir mi madre, nos fuimos a vivir a la calle de Alfonso XII. Cerca de esta nuestra nueva casa, en la calle de la Lealtad, casi pared por medio de su antagonista don Nicolás Salmerón, vivía don Antonio Maura, la figura más destacada del Gobierno. Y a pocos pasos de ellos, en la calle de Juan de Mena, por detrás del edificio de la Bolsa, se levantaba un teatrillo de verano llamado «EL DORADO», que una noche ardió de un modo absoluto y espectacular poco después de terminada la última función. Desde la cocina de casa se veían elevarse las llamas por encima de los tejados. Fuimos «al lugar del suceso». Cuando llegamos, de lo que fué teatro, sólo quedaba el techo, que en aquel mismo instante caía desplomado con gran estrépito, levantando un verdadero oleaje de chispas y pavesas, mientras que, en un extremo de lo que ya era solar, un bastidor con el cartel de la última función, daba vueltas sobre su pernio como un zarandillo. Y sobre aquella desolación, sobre aquel espanto, apareció un hombre imponente de serenidad, lleno de autoridad, de belleza viril: don Antonio Maura Montaner. Entre su ropa negra—un chaquet abrochado hasta el mismo cuello—y su sombrero de alas planas, destacaban la blancura inmaculada de su barba y su rostro fuerte y encendido por las luces del incendio. Sus ojos mandones, firmes, inteligentes y patriarcales, esparcían entereza, calma, prestigio y tranquilidad. Y todo él resultaba más grandioso y admirable que el elemento devastador.

Quando mi padre, Marcial González de la Fuente, ocupó la Subsecretaría de Gracia y Justicia por primera vez, fué siendo Ministro don Trinitario Ruíz y Capdepón; pero no debía de haber grandes afinidades políticas entre ambos, a pesar de su paisanaje (alicantinos los dos); por cuanto mi padre, en el mismo momento de su posesión, firmó, sin fecha, la dimisión, que esgrimía contra el Ministro a la menor claudicación que se le exigiese. Entonces don Trinitario (gordo, turbio, fofo, poco simpático), recogía velas.

—Eres intratable—le decía—, en seguida amenazas con irte.

Y las aguas volvían por donde solían ir.

Tuvo que saltar por fin Capdepón del Ministerio; recogió la cartera don Antonio Maura y don Marcial volvió a la Subsecretaría en las mismas condiciones: en una mano, su nombramiento para la nueva toma de posesión; en la otra, la dimisión, sin fecha, pero firmada, para irse en cuanto encontrase la puerta abierta. Pero el gran don Antonio, le dijo:

—No te preocupes, que nos iremos juntos.

Y juntos se fueron a no tardar mucho.

Era inflexible don Antonio. El magno, el noble, el austero, el apóstol del engrandecimiento y purificación de España. Baste, como comprobación, la siguiente anécdota no conocida públicamente.

Curaba la política española por el año de gracia de 1907. Eran:

Maura, Presidente del Consejo de Ministros.

El Marqués de Figueroa, Ministro de Gracia y Justicia.

Don Marcial González de la Fuente, Presidente de la Audiencia Territorial de Madrid.

Don Primitivo González del Alba, Presidente de la Sala de lo Criminal.

Maura era Maura y mi padre era mi padre; ya los conocemos. De los otros dos personajes de esta anécdota, el Ministro, don Juan Armada y Losada, Marqués de Figueroa, Académico de varias Academias, publicista y poeta bucólico con todas las dulzuras en su lira de su tierra gallega. En cuanto a don Primitivo González del Alba, ilustre jurisconsulto, era hablador en demasía y notable por sus genialidades pintorescas y personalísimas teorías; de él fué la pregunta dirigida a un aspirante a la judicatura:

«¿Qué delito constituye el cortar el pelo a una mujer contra su voluntad?» Vivió muchos años y aún llegó a ver los tiempos en que habían de ser cambiados los términos de su pregunta por éstos: «¿Qué figura de delito representa el hacerle a una mujer que se deje crecer el pelo en contra de su voluntad?»

Acababa de aprobarse la Ley reformando la Justicia Municipal y se había reunido la Junta de Gobierno de la Audiencia para hacer nuevos nombramientos; al terminar esta labor don Primitivo y don Marcial se fueron al Salón de Conferencias del Congreso y dió la coincidencia de que a los pocos minutos se había hecho pública la relación completa de los nombramientos, que debían de permanecer secretos hasta el momento indicado; y alguien corrió la voz de que el simpático conservador había dado la referencia en los siguientes términos:

—Y para el Distrito Tal a Fulano de Cual, que estaba muy recomendado por Antonio.

El tiempo que tardó don Antonio en recibir el soplo de esta versión, fué el tiempo que tardó en salir con un brinco del Banco Azul, llevando tras él al Marqués, encogido como un gato que acabase de hacer una triste gracia. Y llamando a un despacho del «Chalet de los leones», como los estudiantes apodábamos al Congreso, a los señores de la Comisión, dispuso se anulase todo lo tramitado aquella tarde, mientras don Primitivo se acariciaba lentamente la canosa, coquetona, perfumada y puntiaguda barba muy del siglo XIV.

* * *

Poco tiempo después moría también mi padre. Me quedé estupefacto. Despavorido. Sin orientación ni propósitos. Conseguí una placita de temporero en el Ministerio de Gracia y Justicia con cuatro adorables pesetitas, con descuento los días no festivos. Cobraba los primeros de mes, entregaba la paga en casa; y esa era mi vida.

Así las cosas, leí casualmente en un periódico el anuncio para proveer por concurso la plaza de Secretario General de la Universidad de Murcia, plaza administrativa para la que se exigían unos re-

quisitos y cualidades que en mí se daban y podía justificar. Entonces recurrí a don Antonio Maura, invocando, como mérito supremo para ser atendido, mi condición de huérfano de un viejo colaborador suyo, rogándole, por carta, me recibiese en su casa para exponerle un asunto, en el que yo tenía vital interés. En efecto: no tardó muchas jornadas en contestarme, por otra fechada a las siete y media de la madrugada, pues aquel hombre ejemplar se levantaba con el alba y se ponía a trabajar nada más satisfechas sus devociones matutinas. Pero se conoce que al darle cuenta de mi carta su Secretaría particular, le diría, genéricamente; «Uno que quiere verle»; el caso es que me contestó, autorizándome para pasar por su Oficina General, dentro de las horas marcadas. Me dolió y acobardó esta contestación inesperada. Pero reaccioné y respondí a su carta, con respeto y dolor, rogándole no viera en mí a un *atorrante* de esos que piden una cita para aprovecharse del momento en que el serviciario entra a pasar la tarjeta para llevarse un abrigo del perchero, si no un hombre que ha perdido su guía y ruega auxilio y protección. Don Antonio rectificó. Pero ya no era lo mismo para mí. Y no fuí a verle.

* * *

En cambio, fuí a visitar en su despacho privado al hijo mayor de Maura, don Gabriel, hoy Conde de la Mortera; a los tres varones que les seguían les conocía yo de siempre; Antonio, Honorio y Miguel el «Moro», como le llamaba su padre. A don Gabriel no le conocía ni de vista; sabía de él lo que sabía todo el mundo: que era un joven estudioso, sensato y profundo. Me habló de la desproporción entre mi deseo y los medios empleados para su logro; de que su ilustre padre se había puesto al margen de tales cosas; de que frecuentemente solían dar mejores resultados la gestión practicada por un subalterno, por un innominado, por un humilde, por el personal de «escaleras a abajo»... y todo ello para acabar invocando como a una fuerza incoercible a las «impurezas de la realidad».

Y ya, embalado, me presenté a don Juan de la Cierva y Peñafiel, que me recibió muy amablemente, muy gentilmente, en el despacho-biblioteca de su piso de la calle de Alfonso XII, y después de recordar y elogiar con palabras sinceras y emocionantes la memoria de don Marcial, me desengañó rotundamente:

—Precisamente porque se trata de Murcia y por ser yo quien soy y lo que soy en la provincia de Murcia—me dijo—, quiero hablarle con el corazón en la mano. Renuncie usted a ese propósito.

Debí poner verdadera cara de asombro, acaso de cretinismo, porque añadió poniendo él a la vez un doloroso gesto de consternación:

—¡Qué quiere usted! Las impurezas de la realidad.

Era la segunda vez en pocos días que me tiraban a la cara como pelladas de barro aquellas terribles palabras: Las impurezas de la realidad. Me levanté:

—Agradecido, don Juan.

Y salí.

Y con sólo cruzar la calle, me encontré en el Retiro. En el Retiro, siendo yo muy niño y de un modo pueril, trabé amistad con un anciano ilustre: con don Francisco Pí y Margall, ex-presidente de la primera República española, respetable, austero, soñador de la política, filósofo, jurista. Vivía en la calle del Conde de Aranda, esquina o casi esquina a la de Lagasca, en una casa que tenía el portal decorado con pinturas que parecían frescos. Iba todas las tardes de paseo al Retiro con su corta levitita negra, con su chisterómetro muy de! ochocientos; con sus barbas blancas de duende-cillo; con sus ojos transparentes, claros, límpidos, como caramelos. Se sentaba en un banco del Paseo Ancho, le rodeábamos la chiquillería y nos contaba cuentos con una vocecilla lenta y melosa...

RAFAEL GONZALEZ CASTELL.

En la muerte de mi Madre

Andaba errante acá en la tierra,
siempre fijos sus ojos en el cielo,
porque era un ángel en carne humanado,
toda alma; no era cuerpo.

Era de hierro su temple castellano,
era dulce su mirar pasajero,
idealidad su vida en la altura,
tristeza su vida en el suelo.

Era madre y era santa;
las gentes lo dijeron.

(Fué mártir de amor peregrina;
ya duerme la paz de los muertos.)

Yo la miro acongojado en las estrellas,
donde sueña con los buenos,
mirando sonriente a este barro
que guarda tiritados sus recuerdos.

VENTURA LEONARDO



Voces y expresiones viciosas

Póstumo, póstuma

ACABABA de publicar un libro el autor de estos renglones y entre las naturales enhorabuenas que suelen re-

cibirse en tales casos, recibió una concebida en los siguientes términos:

—He leído estos días su obra *póstuma* y le felicito.

Como con grande ansiedad me palpase el cuerpo al oírle hablar así, y palidiese y sobresaltárame, inquirió mi amable acompañante:

—¿Qué le sucede a Vd.?

—Lo peor que podía haberme sucedido: creer que estaba vivo y estar muerto. Pero afortunadamente el susto pasó ya. Estoy vivo y bien vivo, gracias a Dios. Me ha matado Vd. de mentirijillas.

—¿Yo? Explíquese.

—Es muy sencillo. Para que Vd. hubiese leído, como acaba de afirmar, mi obra *póstuma*, habría sido necesario que yo me hubiera muerto antes de publicarse, porque los libros póstumos, son los que aparecen después de muerto el autor.

No agradó mi inofensiva broma a mi acompañante, que era algo redicho y pedantuelo, mas nada me replicó.

El dislate está muy generalizado. Abundan los testimonios en los libros, los periódicos, las conversaciones.

Los que estudian Derecho saben que hijo póstumo es el nacido después de haber muerto el padre.

La fama, la verdadera fama, la que no depende de las convenciones sociales, del contacto de codos, del empujame a mí que ya te empujé yo a ti, de la adulación, de los privilegios mundanos, es fama póstuma.

El mejor homenaje que se rinde a una persona es el póstumo, porque ya nada puede recibirse de ella y por consiguiente es más noble y hermoso, por desinteresado.

Pero ni es hijo *póstumo* el que nace el último, ni homenaje *póstumo* el postrero rendido a una persona en vida, ni libro *póstumo* el últimamente aparecido.

Quienes escriben o hablan así desconocen u olvidan que *póstumo* viene de *post*, después y *humus*, la tierra y equivale a después de enterrado o inhumado.

Confundir póstumo con postrero es lo mismo que llamar *genuflexión* — de *genu*, la rodilla — a las reverencias que hacemos al doblarnos sobre la cintura.